

REFLEXIÓN

CICLO A

MISIONERA

Nº 117



I DOMINGO DE PASCUA



**PONTIFICIA
UNIÓN MISIONAL**

31/10/ 1916 - 31/10/2026

110° Aniversario

05 de abril de 2026
DOMINGO DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR
Hch 10,34a.37-43; Sal 117; Col 3,1-4; Jn 20,1-9

COMENTARIO

Ver los signos de la resurrección

“¡Alleluya! Cristo ha resucitado”. Así es como nos saludamos con alegría en esta mañana tan especial del Domingo de Resurrección. Esta exclamación será también nuestra humilde profesión de fe en la Resurrección de Cristo para ser proclamada al mundo. Se trata del Misterio de los misterios que se sigue realizando hoy en la celebración litúrgica y en la vida de cada uno de nosotros. Y el Evangelio de este domingo, el de san Juan, que de hecho leemos todos los años en la “misal diaria”, nos ayuda a entrar aún más en la atmósfera mística y misteriosa del “primer día de la semana” de la resurrección de Cristo. La relectura atenta de algunos detalles de este pasaje evangélico nos llevará a (re)descubrir aspectos importantes para entender y vivir cada vez más intensamente nuestra fe en Cristo resucitado como sus discípulos misioneros.

1. La “historia detectivesca” de la piedra retirada del sepulcro y las carreras matutinas de los discípulos

El relato joánico de lo sucedido

aquella mañana se asemeja a una historia de detectives. Por lo tanto, hay que seguirlo y meditarlo en detalle para captar los puntos clave que iluminan el mensaje. Todo comienza con el descubrimiento, por parte de María de Mágdala, de la piedra corrida (de la tumba de Jesús) y la ausencia implícita de su cuerpo. Esto la hizo correr hacia los dos discípulos, Pedro y el otro, especificado como «a quien Jesús amaba», a comunicarle el hecho. También ellos corrieron hacia el sepulcro, pero «el otro discípulo corría más que Pedro» y «llegó primero».

Este es el primer detalle que ha intrigado a bastantes oyentes/lectores curiosos hoy y en el pasado. La primera y más sencilla explicación es por qué el otro discípulo es más fuerte o más joven que Pedro. Algunos incluso han especulado que el otro discípulo, tradicionalmente identificado con el apóstol Juan, fue más rápido porque era virgen (sin esposa), ¡a diferencia de Pedro (un hombre casado)!.

Sin embargo, en el texto vemos la única diferencia entre estos dos discípulos, que puede ser la clave

para entender lo sucedido: a ese otro discípulo se le llama “a quien Jesús amaba”. En otras palabras, según el texto evangélico, la cualidad distintiva del discípulo que corrió más rápido es ese amor especial entre Jesús y él. Evidentemente, el divino Maestro amaba a todos sus discípulos, incluido Pedro, y los amó hasta el final (cf. Jn 13,1-2), como mencionamos en nuestra reflexión del Viernes Santo. Por tanto, la particularidad exaltada del amor entre el Maestro y un discípulo parece referirse no sólo al amor de Jesús por él, sino también a la intensidad del amor que el discípulo tenía por Jesús. Y es precisamente este amor el que “impulsó” al discípulo amado a correr al sepulcro lo más rápido posible para encontrar al amado Maestro.

2. El camino hacia la fe en la resurrección

Este intenso amor del discípulo por el Maestro parece ser también la clave para entender lo que ocurrió después en el sepulcro. Aquí observamos otro detalle intrigante del relato: “¿qué vieron Pedro y el otro discípulo?”. Reconstruyamos la secuencia de los acontecimientos para comprender mejor. El discípulo amado llegó primero y al principio vio “los lienzos tendidos” en la tumba, “pero no entró”. Luego, Pedro, llegando más tarde, “entró en

el sepulcro [primero] vio los lienzos tendidos y el sudario”. Finalmente, “entró también el otro discípulo, (...) vio y creyó”.

Durante siglos la gente se ha preguntado por la causa de este “vio y creyó” por parte del discípulo amado. Hay que señalar inmediatamente que el verbo aquí está estrictamente en singular y se refiere claramente a él. Por lo tanto, el texto no menciona en absoluto la “fe” de Pedro, a pesar de que había visto todo lo que el otro discípulo llegó a ver después. Por el contrario, y esto hay que tenerlo en cuenta, el Evangelio subraya inmediatamente que “hasta entonces no habían [ellos dos] entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos”. ¿Qué significa todo esto?

Todo esto parece poner de relieve las dos formas de llegar a la fe en la resurrección de Cristo. La primera se basa en una comprensión correcta de la Sagrada Escritura, y podemos decir que ambos discípulos no habían llegado a ese conocimiento en ese momento en la tumba. La segunda vía posible, en cambio, proviene de la experiencia directa de los signos que dejó Cristo crucificado y resucitado. Aquí, sin embargo, aunque Pedro y el otro discípulo habían visto las mismas cosas, sólo este último “creyó”. ¿Por qué?

Algunos han respondido que el discípulo amado sólo se dio cuenta de la “extraña” posición del sudario después de entrar en la tumba, pero esto no parece una explicación plausible. Alguien quiso limitar el significado del verbo “creer”, no como una manifestación de fe en la resurrección (de Jesús), sino como una referencia sólo a “reconocer” como verdadero lo que María de Mágdala había dicho antes sobre el cuerpo robado. Tampoco me satisface esta razón tan trivial. La única respuesta satisfactoria que tú que sigues esta “historia de detectives” también has adivinado bien es el amor. Ese amor por el Maestro que iluminó y llevó al discípulo amado del ver al creer, a reconocer y “comprender” el misterio que nunca antes había sucedido. No es una casualidad que sea siempre él, el discípulo amado, el primero en reconocer al Maestro resucitado durante su aparición a orillas del mar de Galilea, y en informar a Pedro del hecho (cf. Jn 21,7). Es la inteligencia del corazón la que abre la inteligencia de la mente.

3. Ver los signos del Resucitado

La resurrección de Jesús es el Misterio divino, que como tal permanece siempre inasible para la mente humana. Esto se aplicará también a las apariciones del Señor resucitado que se produjeron según la voluntad y la sabiduría de Dios y no de los hombres,

como se dice en la primera lectura: “Pero Dios lo [Jesús] resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados por Dios: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos”.

Por otra parte, el Resucitado dirá a los apóstoles “Bienaventurados los que crean sin haber visto” (Jn 20,29). (Hay que recordar que Él rezó por estos “bienaventurados” que sólo creían en base a las palabras de los apóstoles cf. Jn 17,20). Este bendito creer es una gracia que, sin embargo, debe florecer constantemente en los propios discípulos de Jesús. Esta gracia, viene sí del testimonio apostólico, pero también de experimentar los signos del Resucitado en sus vidas. Y estos sólo serán perceptibles a través del amor.

Como hemos meditado el Viernes Santo, Jesús amó a los suyos hasta el final. Y siguió amando más allá del final. Muerto por amor, resucitó en el amor. Hoy como entonces, Cristo deja siempre a sus discípulos los signos concretos de su resurrección. De hecho, les acompaña en su misión con los signos de su presencia real y operativa. Estos signos son a veces tan simples como

los paños y el sudario, y a veces tan ambiguos como esa “piedra sacada del sepulcro” que puede aludir a un robo del cadáver o a una demostración intencionada de la tumba vacía: “No está aquí. Ha resucitado” (Lc 24,6). (¿Era necesario que el Cristo resucitado, que más tarde también podría entrar en los lugares a pesar de las puertas cerradas [cf. Jn 20,19.26], quitara la piedra para poder salir del sepulcro?) La cuestión fundamental es, pues, la siguiente: ¿cuál de sus discípulos verá estos signos del Resucitado y creará primero, señalándolos a los demás?

Que Dios abra los ojos de nuestros corazones, para que podamos contemplar esta mañana, ante el sepulcro vacío, la presencia del Maestro que murió y resucitó, que amó a los suyos hasta el final, más allá del final. Y que podamos discernir con amor los signos de su resurrección a nuestro alrededor para entrar en la alegría de una vida que renace continuamente en Él a pesar de todas las dificultades, tribulaciones, tragedias y muertes. “¡Cristo ha resucitado! Realmente ha resucitado”.

P. Dinh Anh Nhue Nguyen, OFM Conv
Secretario General
Pontificia Unión Misional